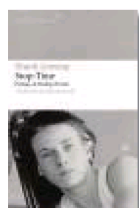


Frank Conroy, un acto de fe

Libros del Asteroide recupera «**Stop-Time**», las singulares memorias del autor neoyorquino sobre su paso de la niñez a la juventud

JAIME G. MORA

Un año antes de morir, con la serenidad de dejar tras de sí una inesperada carrera como pianista de jazz y escritor, con cinco libros publicados y asentado en la dirección del Taller de Escritores de Iowa, Frank Conroy (Nueva York, 1936; Iowa, 2005) concedió una de esas entrevistas que quedan en el legado de un autor. En ella decía no creer en el escritor por naturaleza, sino en el lector por naturaleza que lee, lee, lee, lee y entonces comienza a escribir. Esa fue su experiencia, la de un niño que heredó de su padre cientos de libros que leía de forma obsesiva. «El mundo real se evaporaba y yo podía vagar en la fantasía, viviendo mil vidas, a cual más poderosa, más accesible y más real que la mía», escribió. Es así, en la oscuridad de su habitación, como pensó por primera vez que podía ser novelista. De aquí su serenidad para no lamentar su corta producción. Podría haber escrito doce libros más, pero era feliz con haber firmado dos que perduraran. Ya era un éxito que solo uno lo hiciera, como ocurrió con *Stop-Time*, el primero que publicó, en 1967. Libros del Asteroide ha tenido la feliz idea de traducir estas turbulentas memorias. El libro se lee y debe leer despacio. Así es como uno se reconoce en ese abandono tan típico de los niños y que tan bien describe Conroy. En esa mirada descreída y nada complaciente de sí mismo, un niño de 11 años cuya filosofía era el escepticismo. En esa manera de protegerse con la rabia durante su adolescencia.



Stop-Time
Frank Conroy
Trad.: E. Jordá
Asteroide, 2018
416 páginas
22,95 euros
★★★★

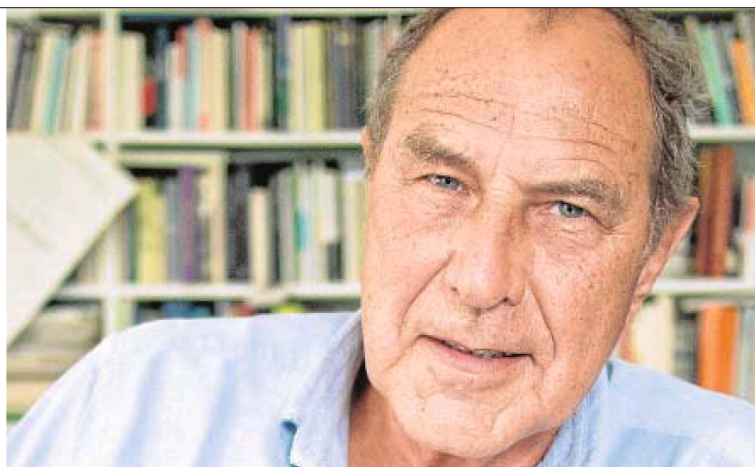
haber escrito doce libros más, pero era feliz con haber firmado dos que perduraran. Ya era un éxito que solo uno lo hiciera, como ocurrió con *Stop-Time*, el primero que publicó, en 1967. Libros del Asteroide ha tenido la feliz idea de traducir estas turbulentas memorias. El libro se lee y debe leer despacio. Así es como uno se reconoce en ese abandono tan típico de los niños y que tan bien describe Conroy. En esa mirada descreída y nada complaciente de sí mismo, un niño de 11 años cuya filosofía era el escepticismo. En esa manera de protegerse con la rabia durante su adolescencia.

CONROY CONSIGUE DESTRUIR su pasado al tiempo que celebra su juventud. Más que un ajuste de cuentas

—dice que lo escribió para «vengarse» de su memoria—. *Stop-Time* es una inclemente y deliciosa evocación de sus orígenes. «No había cambiado nada, excepto yo», dice exultante en las últimas páginas. Es difícil leerlas sin una sonrisa en la boca. El autor, una suerte de Holden Caulfield sin pretensiones, cerró las bocas de todos los que se preguntaban quién era ese treintañero que iba dejándose ver por los ambientes literarios de Nueva York. «El libro tuvo una influencia real en cómo se entendió este tipo de escritura», dijo el autor. Son varios los motivos que explican este impacto. No solo puso de acuerdo a Mailer —«Una autobiografía con la honestidad íntima de una novela»— y Styron —«Un libro notable por su falta absoluta de autocompasión»—; si *Stop-Time* pasó de mano en mano, como si fuera un libro clandestino, fue porque estrenó un patrón poco o nada transitado en la no ficción, el de ponerle literatura a los recuerdos. Por puro instinto, con la única voluntad de explicarse a sí mismo, escribió la novela de su vida vivida. Cómo comprendió que estar vivo es sinónimo del hecho de tener problemas. «Cada vez que terminaba un capítulo me quedaba exhausto, y salía a beber y a perseguir faldas —reconoció—. La gente imaginaba que yo sabía lo que estaba haciendo. Pero no lo sabía. El libro no fue otra cosa que un acto de fe». ■



F. Conroy



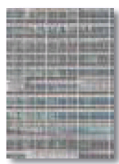
El editor alemán Michael Krüger (Wittgendorf, 1943)

J. M.S.

KRÜGER, EL EDITOR QUE ESCRIBE RELATOS EXISTENCIALES

Entre la literatura de **creación y el ensayo** reposa este compendio de historias de un referente de la cultura europea

El dios detrás de la ventana
Michael Krüger



La Huerta Grande, 2018
224 páginas
19 euros
★★★★

MERCEDES MONMANY

Poeta de larga trayectoria, muy conocido en su país, además de narrador, Michael Krüger ha sido también durante décadas uno de los más destacados y míticos editores europeos, director de Hanser Verlag y fundador de la no menos legendaria revista *Akzente*. Importante e influyente intelectual, ha combinado perfectamente, con un enorme prestigio que le ha hecho presidir la Academia Bávara de las Bellas Artes, esa privilegiada dualidad de ser a un mismo tiempo brillante escritor y editor, al estilo del italiano Roberto Calasso o Carlos Barral en su día.

Ya fuera en sus carcajeados relatos reunidos en *¿Qué hacer?* o en su novela *El final de la novela* (ambas en Anagrama) Krüger siempre se ha revelado como un espléndido e inclemente radiógrafo del neurótico malestar de la cultura en nuestros días. En este magnífico volumen *El dios detrás de la ventana* vuelve a sus temas

predilectos, más desasosegantes que nunca. Con una refinada ironía recorre los polos más opuestos: desde el desprecio más absoluto compartido por una amplia capa de la población que vive de espaldas a la cultura, prescindiendo olímpicamente de ella, llegándose a parecer algo irrisorio e inútil, hasta los que, neuróticamente, una y otra vez, persisten en darle sentido a una vida de por sí vacía y sin demasiado contenido, gracias a un libro que los lanzará por fin a la fama y que nunca acaba de llegar.

Neurosis varias

Casi todos estos relatos corrosivos, de humor ácido, narrados por individuos presos de distintas angustias, inseguri-

agobiados, perseguidos por temas sobre los que escribir. Temas que les vienen dados, bien de forma demencial, por las propias editoriales, bien por obsesiones propias que los bloquean aún más. Así pasa con el escritor de *Matrimonio imposible* que, antes de ponerse a escribir sobre su estrambótica familia, se reconoce derrotado de antemano y renuncia a hacerlo. Desde entonces, se nos dice, «se vuelve un hombre feliz, un escritor que ya no tenía que escribir».

Tener o no tener cultura, disfrutar o no con la lectura tampoco los ha liberado de sus neurosis. En otro de los mejores y más kafkianos relatos, *Despedida*, el protagonista, un gerente que trabaja en una importante distribuidora de revistas, ferviente lector de Pascal, lo tiene que hacer a escondidas, para no dar pie a que hagan bromas sobre tan pintoresca afición sus compañeros. Lector clandestino en ambientes poco propicios, este polizón acostumbra a forrar sus libros de filosofía con papel de periódico cada vez que se los lleva a la oficina.

Tampoco las familias es que aporten mucha calma y sosiego en la vida de estos individuos en crisis. En otro de los mejores textos satíricos (*Mis seis hijos*) estos dos temas, la familia y la cultura como centro generador de neurosis contemporáneas, se ven estrechamente entrelazados. ■

ES UN INCLEMENTE RADIOGRAFO DEL NEURÓTICO MALESTAR DE LA CULTURA EN NUESTROS DÍAS

dades y crisis existenciales, así como de inquietante lucidez por momentos, están protagonizados por escritores. A menudo «con un estado de ánimo desconsolado y desesperado», habiendo salvado alguno de ellos la vida en la alta montaña pero a la vez sin saber muy bien «qué hacer con ella», vemos a estos escritores casi siempre